

HOMENAJE AL PROFESOR LUIS ZEA URIBE

DISCURSO DEL PROFESOR ROBERTO FRANCO

Ante el Monumento al Profesor Luis Zea Uribe en el Cementerio de Bogotá.

El gobierno de la república, por el digno conducto del señor ministro de educación, me ha hecho el altísimo honor de designarme para llevar la palabra en esta solemnidad que tiene por objeto inaugurar el monumento que honra la memoria del insigne colombiano Luis Zea Uribe.

El reconocimiento y la exaltación del talento, las virtudes y alto valor espiritual y científico de las personalidades que representan las altas cimas de una nación, son una muestra de acertada comprensión y de espíritu de progreso. Así hemos interpretado los motivos que inspiraron la ley primera dictada por el congreso de 1934. Tanto nuestros legisladores de entonces como los realizadores de hoy que han llevado a cabo este homenaje son dignos del mayor encomio, por llevar a la consagración nacional la elevada personalidad de nuestro ilustre compatriota.

La Universidad Nacional que tengo el honor de presidir no podía quedar impasible y silenciosa en esta ceremonia. Está ella integrada por las instituciones que representa la alta cultura espiritual y científica de la nación, y el personal que la dirige debe considerarse como el grupo de selección de nuestros hombres prominentes en las ciencias y en las artes. Toda una vida dedicada a estas disciplinas, con consagración de apóstol y con una constancia de todos los momentos, bien merece que se ponga como ejemplo a las generaciones del país que tan necesitadas están de seguir las huellas de los hombres que con razonada convicción

buscan y persiguen el perfeccionamiento moral y la pura corrección en todas sus acciones.

El haber tenido la fortuna de contarme como su amigo y compañero desde los primeros tiempos de su preparación y luégo de su carrera científica, me permitió apreciar de cerca su claro talento y la brillantez de sus actuaciones en las variadas y múltiples actividades de su vida fecunda.

Iniciamos nuestros estudios en la Facultad de Medicina, en la última década del siglo pasado. Siempre se distinguió a la vanguardia por sus capacidades y su consagración en el trabajo y gozaba del cariño de sus compañeros y de la estimación y aprecio de todos sus profesores.

Recordamos con deleite las horas que dedicamos al estudio en su alentadora compañía y en la dilucidación de los difíciles problemas de la ciencia contribuía con el acierto y precisión que le daban su comprensión fácil y clara.

Aficionado desde niño a la literatura y a la poesía, solía distraer los ocios de nuestros claustros con vívidas recitaciones de sus autores preferidos. Fueron pasando los años de nuestra carrera de estudiante y a medida que progresábamos en el estudio se precisaban sus aficiones por las ciencias biológicas y por profundizar los problemas recónditos de la psicología.

Preparó como trabajo para coronar su carrera y como tesis de grado para doctorarse en nuestra Facultad de Medicina un estudio sobre el cultivo del bacilo de Eberth, obtenido de la sangre de los enfermos, tomada de las venas o por punción del baso. Venciendo todas las deficiencias y dificultades de nuestra incipiente bacteriología, preparando medios de cultivo y construyendo estufas, con elementos rudimentarios, logró llevar a cabo su trabajo y presentar una muestra de lo que valen el talento y la consagración puesto al servicio de la ciencia. Contribuyó con esta labor a sentar sin discusiones la existencia en nuestra ciudad de las infecciones tificas e inició el estudio científico de una enfermedad cuyo conocimiento ha constituido para la vida de la capital uno de sus problemas trascendentales. Así coronó su carrera de estudiante con la tesis que tituló: "Cultivo del bacilo de Eberth y serodiagnóstico de la fiebre tifoidea".

Esto ocurría en el mes de febrero de 1898. Pocos días después de su grado y satisfaciendo los anhelos que por raza y por herencia le incitaban a fundar un hogar, contraía matrimonio con una de las más bellas y delicadas damas de nuestra ciudad, que fue siempre amorosa y comprensiva compañera, que puso en el cariño y admiración por él, el afecto profundo que alienta y anima, todo el trabajo y las actividades del hombre de ciencia.

Después de haber pasado algunos años en Europa perfeccionando sus conocimientos científicos regresa al país y se dedica a las labores del profesorado en nuestra Facultad de Medicina, devolviendo así con cre-

ces a sus discípulos las nociones que pocos años antes le inculcaran en los mismos claustros nuestros maestros.

Justo y oportuno nos parece consagrar en esta ocasión un cariñoso recuerdo y un tributo de admiración a los dignos compañeros desaparecidos que unidos recorrimos los claustros de nuestra Facultad de Medicina y que más tarde constituyeron un distinguido grupo de ilustres hombres de ciencia que en la cátedra, en la vida ciudadana, en el parlamento y las múltiples actividades de la carrera del médico, dieron brillo a la generación que representaban y pusieron muy alto sus dotes de maestros.

Luis María Rivas, el insigne anatomista a quien deben sus conocimientos los numerosos médicos que hoy se hallan diseminados en todo el país.

Jorge Vargas Suárez, el amigo dilecto y sincero, clínico internista que formó las personalidades de clínicos en nuestros hospitales.

Guillermo Márquez, pediatra esclarecido, a quien siempre recordamos con cariño y que dejó huella imborrable por sus documentadas enseñanzas.

Guillermo Gómez, el profesor insuperable por la claridad de su exposición y la adhesión que inspiraba a sus discípulos.

Zoilo Cuéllar Durán, alto maestro en su cátedra de urología, hábil y atrevido cirujano que ha dejado el recuerdo de sus sabias enseñanzas.

Juan Pablo Gómez y José Manuel Arango, inteligentes profesionales que consagraron sus actividades a la política y a dilucidar en el parlamento los problemas de la higiene y las luchas sanitarias.

Luis Zea Uribe, que tuvo la fortuna de sobrevivir a la mayor parte de nuestros compañeros, se distinguió por la multiplicidad de sus actividades y por su especial afición a asuntos científicos de altísima trascendencia para el bien del pueblo y para el progreso del país. Siempre le preocuparon las miserias de los desheredados de la fortuna y de las víctimas de nuestras terribles y mortíferas endemias. Conocía a fondo nuestros problemas sanitarios y de higiene, como director que fue de este ramo de la administración pública, y contribuyó con sus luces y actividades a iniciar muchas de las campañas que tienden a proteger la salud y la vida de nuestro pueblo. Recuerdo su entusiasmo cuando se dieron los primeros pasos en la lucha contra la anemia tropical y cómo acudió presuroso a iniciar la campaña contribuyendo con su presencia en las investigaciones preparatorias y dictando conferencias de vulgarización que despertaron el más vivo interés, como todo lo que él explicaba en su estilo brillante y atractivo. Años más tarde volvió a insistir sobre el mismo apasionante tema y puso de manifiesto la trascendencia de la lucha contra el parasitismo intestinal y el valor inestimable que representa para nuestro progreso y la riqueza patria el combatir el terrible flagelo.

En el cabildo municipal y en la asamblea de nuestro departamento, tomó también Zea Uribe iniciativas sobre asuntos relacionados con la higiene. El alcoholismo y particularmente el que afecta a nuestro pueblo, producido por el licor nacional, fue tratado con maestría y combatido con energica franqueza, al condenar el papel maléfico e inmoral que toca a nuestros gobiernos departamentales, explotando el vicio y convirtiéndolo en la principal fuente de sus rentas, degradando y envileciendo nuestro pueblo y aniquilando el bien a que tiene más derecho que es el de la salud y la energía.

Las drogas heroicas y el problema de la intoxicación que ellas producen, le merecieron un estudio muy atento y meditado; con cuadros de un realismo admirable, pone de manifiesto la triste situación de las víctimas de este vicio y del mísero estado a que quedan reducidas.

La lepra y los medios de combatirla, fue el tema que desarrolló en una de sus brillantes conferencias. Puso de manifiesto la gravedad de este problema y cómo serán pocos todos los esfuerzos que se hagan con el objeto de solucionarlo. Intensa satisfacción hubiera experimentado, si su vida le hubiera alcanzado, al observar, como nos ha tocado a nosotros, los progresos que hace con sus investigaciones, nuestro ilustre compatriota el Profesor Federico Lleras, que contribuirán poderosamente a esclarecer y perfeccionar el conocimiento y la profilaxis de tan terrible y monstruosa enfermedad. Son sus meritorios trabajos una muestra de la altísima importancia que debemos dedicar a la fundación y sostenimiento de los institutos de investigación científica que se hallan íntimamente unidos a los progresos de la vida intelectual, económica y política de nuestro país y cuya marcha debe estimularse por todos los medios materiales y morales de que seamos capaces.

Séame permitido en esta ocasión solemne, y como rector de la Universidad, formular un voto, un ferviente anhelo, cuya realización sería la ofrenda más preciada que pudieramos colocar como adorno en el pedestal de este monumento. Lleva nuestra Universidad pocos meses de existencia, organizada por la ley 68 de 1935, debida a la sabia y acertada comprensión de nuestros legisladores; toca a ellos dotarla de los elementos que le permitan vivir y prosperar, elevándose dignamente a la altura que reclaman las más apremiantes necesidades del país. Ningún obsequio más apropiado a las nobles aspiraciones del insigne maestro que hoy enalteceremos, que el que se nos dote con todos los medios que nos permitan difundir y propagar sus sabias enseñanzas haciéndolas perdurables y dignas de los altos destinos del país a quien él consagró todos sus desvelos.

La rápida y forzosamente incompleta enumeración que acabo de hacer de cómo consagró el profesor Zea Uribe la mayor parte de su vida pública a trabajar por el bien del pueblo y por aliviar las miserias humanas, es apenas un borroso bosquejo del espíritu de altruismo y caridad que siempre lo animaban. En el ejercicio profesional, su carrera

constituyó un verdadero apostolado, como debe siempre ser la de todo médico digno de la misión que le está encomendada. A su numerosa y selectísima clientela atendió siempre con encomiable solicitud y acierto, y tuvo ocasión de prodigar a los desheredados de la fortuna el bálsamo del consuelo, que constituye para ellos la más preciosa droga.

Deliberadamente he reservado la consideración de la vida del profesor Zea Uribe en sus últimos años, por estimar que fue en esta época en que sus estudios e investigaciones le imprimieron a su personalidad un sello característico, que le hicieron seguir orientaciones que le permitieron satisfacer sus anhelos por el perfeccionamiento moral y por cumplir de acuerdo con sus convicciones su misión sobre la tierra.

El estudio de la materia, de la fuerza, de la energía, de la vida en sus múltiples y misteriosas manifestaciones, fueron objeto de su constante y profunda meditación. Habiéndose iniciado en los principios elementales de la biología, habiéndose dedicado por largos años de su vida al estudio de los seres microscópicos, al análisis e interpretación de las múltiples y secretas manifestaciones que ocultan en lo más íntimo esos seres, consagró su fina inteligencia a la interpretación de esos recónditos fenómenos.

La atracción que ejercieron en su mente estos problemas le hicieron buscar en lo extraterreno una expansión a su espíritu: la astronomía fue entonces su ciencia preferida, y largas noches de vigilia le sorprendieron contemplando las inmensidades del espacio, observando los astros con su telescopio, meditando en lo eterno y en el infinito y concluyendo con absoluta evidencia en la existencia del Supremo Artífice de lo creado:

*"Para creer en Dios con vivo celo
no hay remedio mejor que tener penas,
ir por el mar y contemplar el cielo".*

Los profundos problemas de la psicología embargaron su mente. Acostumbrado a las disciplinas de las ciencias experimentales, no se sometía su criterio a la revelación, y todas sus creencias debían tener para él la prueba irrecusable de la experimentación. Fue entonces cuando, siguiendo las doctrinas y enseñanzas de Allan Kardec y de Arturo Connan Doyle, se dedicó al espiritismo, y su interesantísimo libro "Mirando al Misterio" expone con estilo brillante y crítica serena las doctrinas espirítas y el concurso que con sus personales observaciones y experiencias le llevaron al convencimiento de la existencia de la vida espiritual y de las invaluosas influencias que ella tiene para consuelo de los pobres seres que cruzamos la vida terrenal.

Todos sus actos y toda su conducta se inspiraban en estas doctrinas, como lo expresa claramente en los primeros párrafos de su "Dictamen Pericial", que constituyen una declaración inconfundible de sus

creencias y de sus convicciones: "He sido nombrado, declara, para aportar mi escaso contingente en este delicado asunto; acepté el cargo voluntariamente, bajo la gravedad de un juramento, y con ese motivo voy a exponer mis conceptos no sin apelar ante todo a la inspiración que Dios se sirva concederme en este momento, ya que no pienso apartarme de sus divinas disposiciones ni en este caso ni en los que se me puedan ofrecer en el resto de mi vida mortal que ya se acaba.

Es con este carácter, y sabiendo que tengo delante de mí a la Divinidad que penetra hasta lo más íntimo de nuestras intenciones, cómo procedo, para que, si llegare a cometer error, se impute él a mi insuficiencia y no a la mala y deliberada voluntad de mi parte, porque no guardo propósito de perjudicar a nadie. Una persona como la que suscribe este dictamen no ignora la gravedad que tiene cualquiera transgresión del orden moral, y que esa transgresión, por mínima que ella sea, ha de ser cobrada inexorablemente por la justicia divina, en el espacio y en el tiempo. Considero de capital interés hacer la declaración que antecede, porque ella servirá para hacer comprender a los señores magistrados que el perito aprecia en más su elegancia moral que todos los tesoros de la tierra. Y al exponer mis ideas solamente solicito de aquellos que van a considerarlas que las aprecien con ese criterio de universal caridad a que todos estamos obligados para con las opiniones de nuestros próximos".

Así pasaron los últimos meses de su vida, y cuando su salud se quebrantaba y decaían sus fuerzas, nunca pude observar en sus conversaciones ningún cambio en sus creencias. Sin grandes sufrimientos pasó los últimos días de su existencia, y tocónos el triste privilegio de acompañarle con inmensa pena en sus últimos momentos.

Convencidos estamos de que los nobles y entrañables sentimientos de que por él vivía animada su dulce y amable compañera, eran el principio vivificante que animaba su existencia, pues apenas alcanzó a sobrevivirle pocos meses.

Numerosos y dignos herederos de su talento y sus virtudes quedaron como legado a nuestra sociedad, que cuenta con orgullo los hogares por ellos fundados y consagrados a la misma carrera noble y meritoria de la educación, se encuentran algunos de sus hijos.

La numerosísima y selecta concurrencia que hoy me escucha es una prueba de la admiración y cariño que inspira su memoria. Unidos nos congregamos al lado de su tumba para rendirle emocionados este justísimo homenaje.

Digno del sabio y del escultor es el monumento que perpetúa la memoria de Zea Uribe; con qué certera visión ha sabido interpretar José Domingo Rodríguez la austera efigie del maestro! El artista ha logrado hacer brotar, no del bronce perenne, que exaltó el cantor romano, sino de nuestra dura y noble piedra, tallada a grandes y severos tajos, la grave y dulce figura del profesor Zea. De dondequier que se mire,

la sobria perspectiva nos muestra bloques firmes y rectos; porque la vida y la obra de Luis Zea no demanda ornamentación inútil ni vanos arabescos; basta que de la roca tallada a grandes planos surja la actitud reposada del hombre de estudio que difunde su saber sin gestos de imposición; la mano derecha no tiene más misión que la de mantener entreabierto el libro de la ciencia, casi inútil, pues ella sale de los labios del maestro con suave voz llena de insinuaciones y riquísima de matices expresivos, y el brazo izquierdo innecesario porque la acción oratoria exterior no cabía dentro del ánima interpretativa del sabio; descansa casi muerto y casi confundido con la piedra que ya absorbió la materia mortal para que sólo quede, tras la mirada y la sonrisa, a la vez inquisidoras e indulgentes, la luz nobilísima del espíritu.

Ningún sitio mejor ha podido escogerse para la erección de este monumento al lamentado maestro de las juventudes. A pocos metros de aquí se construyen presurosamente los edificios de la Ciudad Universitaria, cuyo proyecto y realización debemos a la feliz iniciativa y constante tenacidad del ilustre mandatario que hoy nos gobierna.

Los claustros y laboratorios de los institutos que la integran se hallarán dentro de breves días poblados por la juventud estudiosa que acudirá sedienta por seguir los estudios de la biología. El murmullo de sus voces adolescentes será un arrullo grato a los oídos del maestro, y su espíritu vigilante seguirá desde aquí presidiendo las enseñanzas de las futuras generaciones.

DISCURSO DEL DOCTOR ALFONSO CASTRO

Cuando se medita en determinados espíritus, que marcan altas cimas de nobleza, y se quiere dar forma por medio de la palabra a las excelencias que los adornaron y por las cuales tienen derecho a vivir en la conciencia pública; el ánimo se conturba temeroso de no hallar el vocablo justo y depurado, que marque la virtud comunicativa de aquéllas y la estela esplendente que han dejado en el alma compleja de la multitud.

Quisiera uno elevarse a la pulcritud del adjetivo exacto, a la arrogancia creadora del verbo, a la macicez del sustantivo que recata el concepto preciso, a la musicalidad suprahumana de las cláusulas, que con su sola estructura material, evocan no sé qué extrañas vibraciones estelares; para dar los lineamientos del recuerdo evanescente de quien en vida supo mostrar la potencialidad máxima de lo que constituye un hombre verdadero.

Tal me ha ocurrido esta madrugada, cuando para cumplir el honroso mandato del ilustre senado, que ha querido que yo exprese en su nombre la emoción de Colombia en esta tan memorable ocasión, me he puesto a pensar en la cautivante personalidad del doctor Luis Zea Uribe, médico eminente, pensador excelso y humanitario amigo de todos aquellos que tuvieron la ventura de acercarse a calmar la sed del vivir, en los manantiales de su pensamiento, de su ciencia y de su palabra donosa.

Luis Zea Uribe es uno de los hidalgos representativos de la patria. Gran señor en su apostura carnal, como en la silueta de su espíritu exuberante y lleno de armonías. Hombre de vastas disciplinas mentales; jugoso de conocimientos; con un concepto de la vida, griego y cristiano al propio tiempo; de magnánimo corazón, cuyos jugos diluía para servir de bálsamo a los menesterosos del cuerpo y del alma; maestro de ciencias; apóstol del más alquitarado espiritualismo; rector de juventudes; fervoroso amante de la república; que no rehuía responsabilidades y que cuando se cuajaba la tormenta contra la democracia abandonaba la calma del gabinete de estudio o la sala de los hospitales, para acudir al parlamento o a la tribuna pública a defender los derechos del pueblo.

Soñador enhiesto que con timbrada voz y gesto elegante luchaba siempre por la libertad de la conciencia y los feros de la más pulcra cultura.

En esta querida tierra nuesta, en donde la gran sabana, los llanos feraces y las cumbres soberbias sugieren al alma toda la amplitud de un gran destino, y los cielos se expanden ilímites como para no atajar nuestras ambiciones; en esta tierra de héroes y poetas, hoy maculada por crudo practicismo y por doctrinas exóticas basadas sobre conceptos únicamente económicos, que intoxican y corrompen al pueblo, la figura romántica y pensativa de Luis Zea Uribe parece que se saliera del marco propicio.

Pero no hay tal: nuestro pueblo aún tiene la intuición de los valores positivos, de los hombres que han laborado por su bien. Aún sabe orientarse. De allí este homenaje de la ciudadanía, que es la consagración definitiva de un nombre eximio. La hoja simbólica que millares de corazones agradecidos y comprensivos depositan en la tronera augusta por donde se ha fugado una musical y radiante existencia.

Con tenue rumor de alas las ideas del filósofo vuelan de pecho a pecho, dejando una lumbrerada de paz y de anhelos ennoblecedores; las enseñanzas del hombre de ciencia se asientan y labran panales en las mentes de los adolescentes; la evocación de magníficas tardes de agitación democrática todavía commueve las fibras del sentimiento popular; centenares de seres a quienes maltrató el sufrimiento, guardan en la memoria la atrayente figura del médico abnegado, que tuvo manos aristocráticas y palabras purificadoras para el alivio del dolor, y la excelsi-

tud de comprender que con tan pávido legado de los dioses a los humanos, dignificador cuando se sabe depurarlo, es imposible el tráfico ni mucho menos el desdén.

Fue bueno Luis Zea Uribe, con la bondad del varón superior que ha exprimido las esencias de la vida y que sabe ofrendarla con la generosidad con que vierte frescura y ritmos la ceiba de savia fecunda, sobre las frentes aridecidas de fatigados caminantes.

Justo es, por lo tanto, de justicia absoluta, que el recuerdo de tan magnánima y bella personalidad no se esfume en el olvido. Colombia necesita, para su gloria y engrandecimiento, que sus hijos preclaros se conserven en pascua de resurrección en el alma del pueblo. Que nunca mueran a pesar de la gran niveladora, que nada puede contra aquéllos que de sus acciones, ideología y sentimientos, han formado un fanal para iluminar el presente y el futuro de la tierra que se honró dándoles sustento.

Zea Uribe pertenece a la falange de los inmortales".

